



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

HOMO HABILIS

Allí estaba. El firmamento era una dimensión celeste tejida por un millar de cabecitas nucleares que ocultaban la luz del sol. Del astro rey, de esa inmensa estrella, se sabía por la información sobre humanismo social que se programaba en algunas escuelas de la región y, al parecer, no se le enseñaba a la generalidad de los habitantes para evitar algún síntoma de especulación.

Las delgadas hilachas de luz provenientes del sol que, según algunos estudiosos de la física, gastaban un poco más de ocho minutos en llegar a la superficie de la tierra, se estaban demorando el doble porque su paso entre las nubes cargadas de polvorientos químicos hacían más difícil el camino recorrido durante los últimos millones de años.

Aquel millar de esferitas terrestres habían trabado el viaje sereno de las nubes que giraban empaçadas en la misma agua porque aquellos vientos que modelaban los rostros y fecundaban sus vientres se habían dormido con su propio movimiento.

El firmamento se veía grisáceo y los colores artificialmente brillantes desplegaban una danza de luces que incitaban al reposo para no despertar a la bullosa alegría y, así, mantenerla alejada de los impulsos que merodeaban las fibras de la pasión.

Era la danza de los espíritus muertos en su propia vida, la misma que marcaba los caminos del sopor y hacia trinar en cada compás una nota para silenciar el goce de la fantasía humana.

En aquel pequeño pueblo donde el color verde de los parques era un triste remedo de la naturaleza, en una esquina de la plaza mayor, se encontraba una tarima donde todas las tardes se reunían algunos adultos dedicados a la pérdida inconsolable del tiempo y a cuestionar el sentido común de la existencia. Según estos ociosos, el sentido común, estaba determinado por los medios de comunicación desde los estamentos oficiales y, a través, de los empleados a su servicio que cumplían funciones como diseñadores de mentiras para ser vestidas de verdades.

Los gritos de aquellos adultos se oían en todo el perímetro del parque y constituían una atractiva y humorística forma de libre expresión para los



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

ciudadanos. Algunos observadores estaban empeñados en no dejarlos en el olvido y realizaron gestiones para que el Estado les concediera algunos aportes y se conservaran aquellas ilustrativas tardes. En el lugar se colocó una mesa de plástico reciclado con unas sillas a su alrededor para dar la imagen de un círculo vicioso.

Allí se sentaban los más ancianos de la región. Eran seres extraños que llevaban el cabello corto y su estatura no sobrepasaba el metro con setenta centímetros; algunos mostraban su dentadura natural cuando gesticulaban estridentes gritos ante el público y muchos ciudadanos expresaban disimuladas carcajadas de asombro por ese tipo de actividades. Lo que más llamaba la atención y desconcertaba a muchos de los transeúntes eran las narraciones acerca de sus extrañas costumbres.

Algunos agentes estatales que les habían seguido los pasos minuciosamente, contaban que eran personas que se bañaban con agua fría y se untaban un raro ungüento en todo el cuerpo y nunca se quitaban la dentadura para el aseo bucal, sino que lo hacían directamente con un aparato que tenía en uno de sus extremos una especie de hilos recortados y que, quizás por eso, -algunos opinaban- no se cansaban de hablar durante horas y horas sin dar muestras de fatiga.

En sus coloquiales ratos de conversación y según el entusiasmo de los espectadores, se escuchaba la voz elocuente de algunos historiadores tradicionales que se quejaban de la nueva forma de amar, del desprestigio del ser humano, de la época de la virtualidad, de lo digital y de cómo en los supermercados se ofrecían manuales para ganar dinero desde los ocho años o cómo envejecer sanando las arrugas. Otros menos expresivos repudiaban los avisos publicitarios sobre la estimulación temprana a temprana edad con el consumo de la glucosa para endulzar la infancia; también criticaban las dietas regeneradoras de celulitis con vibradores bioagradables y aquellas que se aplicaban en ayunas o después de cada dormida para alcanzar las puertas del éxito con el mínimo esfuerzo y la mayor eficacia.

¡Qué barbaridad! -murmuraban en voz baja, asintiendo la cabeza- algunos espectadores ocasionales.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

El más joven de los participantes en la tribuna relataba a sus oyentes que en épocas pasadas todo había sido natural y el amor había sido una ilusión real que surgía del fondo de cada ser y se sentía con el ardor de la pasión, pero, en la nueva era,-decía subiendo el tono de la voz- el amor obedecía a una construcción digital inventada por los artificios de la enajenación y determinado por los conductores de masas que promueven la seducción en serie, los afectos en las redes, las caricias en la conectividad, los besos en un pantallazo y, en general, todos los juegos estáticos para las pulsaciones del corazón.

¡Ojalá, la electricidad los proteja! -vociferaban algunos iracundos enciclopedistas de la nostalgia- que se sentaban debajo de un viejo arbusto que recordaba el color verde de añejos tiempos.-

Lo que muchos ciudadanos se preguntaban y, aún no se sabía nada, era, de qué vivían esos personajes extraños que todos los días se reunían en aquel espacioso lugar a conversar para que los transeúntes los escuchara.

Algunos dijeron que el Estado los estaba sosteniendo, lo que constituía un delito denominado malversación de fondos y una gran injusticia porque, aún, había niños sin computador megaláctico, sin asesor virtual de ideas y, todavía peor, sin mapa existencial para su pleno y homogéneo desarrollo.

Estas y otras opiniones eran expresadas por los propios programadores del Estado que, de manera oficial, convertían a aquellos adultos en una terrible peste para los otros seres de la comunidad por obra y gracia de los rumores mezquinos de los micrófonos robotizados de la época.

Los más discretos entre aquellos otoñales conversadores y para conmemorar la desaparición de los derechos humanos, evocaron viejos tiempos y se dispusieron a firmar un tarjetón que contenía una abierta petición al gobierno para que fuera abolida la pena de muerte por la simple sospecha del uso de la palabra y se pedía que esta pudiera ser utilizada en la vida cotidiana como una herramienta primordial para el desarrollo de la inteligencia, sobretodo en la primera y segunda infancia, para que las generaciones futuras reconocieran la existencia de sus antepasados y se hiciera un homenaje a la memoria de los pueblos desaparecidos por la avaricia y la ambición de algunos gobernantes de oficio que quisieron



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

legitimar sus propias huellas marcadas por la violencia y la falta de tolerancia frente a la desobediencia de los otros.

El tarjetón fue firmado por aquellos que conocían la escritura manual y usaban, también, la digital, eran personas con cualidades de bígrafos y habían sobrevivido a la mortalidad académica de las letras en los centros de enseñanza. En la petición firmada se recordaba que los programas oficiales y el proyecto estaban centrados en la competencia de los seres con inteligencia artificial y, básicamente, en la persecución y desaparición del arte de pensar.

De igual manera un pequeño número de historiadores sobrevivientes, enviaron otra petición al Estado reclamando un espacio adecuado para las charlas y exigiendo que fuera dotado con los elementos necesarios para la ilustración de todos los que allí acudieran de manera voluntaria con el ánimo de restaurar el tiempo perdido en los confines del olvido.

Algo de entusiasmo se sintió en el entorno sin que llegara a prosperar la idea.

La oposición adujo problemas de desplazamiento y de despilfarro con las arcas del erario público y se burlaron y mandaron a elaborar pancartas con estilos de escritura antigua, cuyo costo era más alto que la inversión requerida por los que habían solicitado el derecho de petición a sus sospechosos deseos de reconocer el pasado.

En el reducido grupo de historiadores, todavía se preguntan, ¿quién sabía y por qué se prestó para escribir las pancartas con ese estilo tan anticuado? ¿Quién de los letrados los traicionó a última hora?

A pesar de todas las trabas gubernamentales y los movimientos de oposición, el viejo lugar improvisado sobre la vía fue tomando un ambiente de mirador turístico. Los adolescentes de siete u ocho años se sorprendían al escuchar las anécdotas que los mayores relataban sobre los juegos de la infancia y, muchos se atrevieron a preguntar por qué a ellos se les había robado esa época de diversión y alegrías.

El juego del aro era el que más los sorprendía porque consistía, según contaban los narradores, en impulsar un pedazo de llanta con una varita o con



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

la propia mano durante un breve trayecto de trescientos metros hasta alcanzar la meta y así lograr un premio que se le otorgaba al ganador.

La risa y el asombro ante semejante diversión manual despertaban una profunda consternación entre los oyentes que, una y dos y más veces, pedían la repetición del cuento.

El más anciano de los narradores, con cuarenta años cumplidos, los distraía demostrando sus habilidades en el más extraño de los juegos, el hombre gritaba con entusiasmo que ese aparato se llamaba trompo- y a continuación- envolvía un pedazo de madera de forma cónica y punta metálica con un material llamado pita, luego lo lanzaba con una fuerza moderada hacia el suelo para que diera vueltas sobre su propio eje, despertando la admiración entre los visitantes y los propios compañeros, luego, el anciano lentamente se agachaba y, acto seguido, levantaba el trompo bailador con la misma pita para dejarlo caer en la palma de la mano y, ahí, siguiera dando vueltas hasta que el juguete se durmiera entre sus dedos.

Aquellos seres conscientes de la admiración que despertaban, programaron una serie de sesiones en las que presentaban primero los juegos y, después, un reencuentro con el pasado, a través del habla, donde se trataban diversos temas como las variadas formas de hacer el amor y la relación humana con las plantas, los ríos, los animales y otros seres vivientes. El tema del amor causó repulsión y fue considerado sin trascendencia y nada financiero porque los afectos no generaban rentabilidad como los recursos naturales y su cercanía con los sobrevivientes.

Los relatos sobre los rituales fúnebres de los antepasados, siempre, terminaban en fuertes discusiones que mantenían expectantes a los invitados.

Los econometrófagos de la región, profesionales con amplia experiencia a sus veinte años de edad, no podían concebir cómo se cavaba una fosa de ciento setenta centímetros para alojar un cadáver, cuando las cifras en las estadísticas del Estado, daban un alto porcentaje de rentabilidad sobre cualquier producto que allí se cultivara, por ejemplo, decían los numerólogos del cuatrenio, la venta del producto más la tasa de interés y un depósito que podría ser negociable elevaría el plan de crecimiento del país.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

¡Con razón nunca llegaron a ser gente civilizada! - gritaban con voz desgarradora- aquellas mentes que tenían muy clara la realidad.

Los poseedores de los hornos masivos de exterminación corporal, especializados en el procesamiento de cadáveres – se preguntaban – sobre el uso de la materia prima desperdiciada que se podría vender en cápsulas, en abonos fertilizantes para el cabello y posiblemente en una gran variedad de productos; otros empresarios opinaban que hubiera sido más rentable no procesarlos sino venderlos en forma integral.

II

Entre los visitantes cotidianos a aquellas tardes de ficción, sobresalía un señor que no pasaba de los treinta años y por su contextura delgada se podía sospechar que su alimentación no provenía de los supermercados transgénicos, especializados en el desarrollo prematuro de la masa corporal de sus usuarios.

Aquellas tiendas tenían como insumo de mercadeo una digestión circular gastronómica para su propia supervivencia. Primero, la venta y consumo de cápsulas para el volumen corpóreo y, luego, las diversas muestras de medicamentos para adelgazar y cumplir con las exigentes modas del diseño.

Al delgado personaje era fácil identificarlo en cada tarde, porque jamás mostró una pequeña sonrisa ante el espectáculo, jamás se cambió de lugar y tampoco se le vio parpadear durante el tiempo que estaba presente.

Con el correr de los días se supo que el sistema educativo lo había programado como estadista y había obtenido todos los títulos que los estándares imponían para ejercer un empleo donde pudiera aplicar las competencias laborales aprendidas en un contexto determinado por las mismas fuerzas económicas de la región.

Su nombre registrado en la base de datos de la central estatal era Simón Plata.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

Aquel engalanado hombre, poseedor de todas las fórmulas requeridas para competir en las tenazas de la sociedad, mostraba ciertos aspectos oscuros de personalidad que lo llevaban a actuar con la mentalidad de la niñez, a detenerse en preguntas sobre el origen de las cosas y, a veces, a caer en el mundo de la imaginación. Era el sentido opuesto del aprendizaje que se le había inculcado en los claustros sublimes de la educación.

Simón Plata, pasaba los días en la interpretación de algunos vocablos indescifrables para la época, palabras que luego se pondrían de moda en algunas regiones, como el término geometría que fue interpretado como el diálogo por la simetría que se inspiraba entre dos personas rectas, también se puso de moda el término poesía, confundido y usado indiscriminadamente como éxito, por su connotación con el vocablo comercio, pues se supo que algunos antepasados habían hecho de la pérdida de tiempo un gran negocio.

A aquellos personajes que habían involucrado las palabras nuevas para sus escasas conversaciones cotidianas, los mismos dirigentes del gobierno en un acto de hipnocracia, los promulgó como concedores de los pueblos antiguos y comentaron en un elocuente discurso que las antiguas generaciones habían tenido sueños y los habían escrito con utensilios rudimentarios, sin necesidad de consumir los estimulantes que el Estado obsequiaba a sus ciudadanos con la esperanza de que fueran algo cuando grandes.

Después de muchos días de descifrar letras, fonemas, representaciones gráficas con y sin sentido, Simón, abandonó el cubículo laboral de la máquina estatal y se refugió entre unos objetos llamados libros que, por el abandono y el paso de la herrumbre del tiempo se encontraban enmohecidos, polvorientos y cuidados por los ácaros.

A las pocas horas de estar metido entre los libros a Simón le apareció una especie de alergia por el contacto directo con aquellos elementos de color amarillento que, por su apariencia, contenían alguna especie de hongos.

Transcurridas algunas semanas y ya interpretando los libros, descubrió una numerosa colección de relatos que comenzaron a rondarle en la mente y lo llevaron a buscar una explicación acerca de su propia vida.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

La colección hacía parte de una serie de fenómenos determinados por la sociedad, descritos en fragmentos y con visiones desconocidas en la gran mayoría de los casos.

Le llamó la atención cómo la gente había tenido tiempo para asistir a unas reuniones donde se oía a un señor de falda negra y larga, regañar y pedir perdón al mismo tiempo, ensalzar la pobreza y pedir limosna al mismo tiempo, hablar de igualdad desde el poder y después ser capaz de discriminar la mano de los pobres como si nada hubiera pasado.

Esto lo relacionaba con lo leído en otro libro donde se relataba que algunas personas se habían interesado en predecir el futuro y se habían convertido en adivinadores, pastores y profetas; primero escuchando las ideas de sus creyentes y, luego, confirmándolas con algunos ademanes y movimientos ligeros de las manos para cobrar un dinero; otros le concedían atributos a cualquier objeto que estuviera a su alcance para hablar de lo desconocido y, así, establecer una cantidad insospechada de ciencias ocultas a la propia realidad del prestidigitador.

Años más tarde se supo que gran parte de la población había perdido el dinero del presente tratando de averiguar el futuro, mientras los gestores del futuro vivían el presente.

En muchos momentos de soledad, Simón, dejaba volar sus pensamientos y recordaba cómo habían perdido casi dos metros de tierra enterrando un próspero cadáver de economía rentable y volvía a sumergirse en las curiosas letras.

En una amarillenta hoja encontró lo que consideró como la más grande imaginación de los antiguos. Allí estaba escrito que tenían cuerpos especiales que eran poderosos porque usaban la fuerza bruta y despreciaban la razón, disciplinaban a los defensores de los derechos humanos en los ratos de esparcimiento, quemándoles los testículos y ensayando nuevas técnicas de alumbrado descargando choques eléctricos a los hombres y, en forma especial a las mujeres, con la pretensión de que los senos femeninos fueran como las luciérnagas y brillaran en sus propias celdas.

También encontró escrito que tenían laboratorios donde encerraban a cientos de personas durante meses o años para estudiar las variaciones del ser humano confinado a la oscuridad durante períodos continuos, llegando a



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

concluir, después de rigurosas observaciones en un ínfimo número de sobrevivientes, que los rayos solares tenían gran influencia en las cuerdas vocales porque, después de cierto tiempo sin ver la luz del día, terminaban cantando y entonando plegarias a sus reformadores.

Quiso llevarse un ejemplar de esos libros a su casa, no interesaba el título, quería mostrarle a sus seres cercanos cómo los antiguos habían grabado sus pensamientos y enseñarles lo ingeniosos que habían sido.

Pensó adecuar un espacio, sacrificando algún aromatizador instantáneo o cualquier contemplador eléctrico para conservar ese precioso elemento en su propio hogar.

El encargado de aquel lugar que, todavía recibía el nombre de biblioteca, como homenaje a la industria del papel, se sorprendió y comenzó a sospechar que ese asiduo visitante sufría de alguna anomalía cerebral por atreverse a pedir prestado aquel objeto por tantos años ignorado. En el archivo no existía ningún dato que informara quién había sido la primera persona en comprar o pedir en préstamo un libro, lo que significó que el estadista encabezara la lista y, además, le fuera obsequiado el ejemplar.

Al llegar a su casa se apresuró a ubicarlo en el sitio más estratégico para evitar una posible desaparición. Al correr el videoprogramador se desconectó el cortauñas, el bronceador de mascotas, el alcanza papel, el succionador del baño, el adaptador de posturas y otros elementos indispensables para el hogar.

Durante varias horas buscó el plano de la casa para remediar el daño causado, siendo inútil su esfuerzo. Tuvo que llamar a los operadores del circuito para que restablecieran los servicios. Aún, con el temor ocasionado por aquel horrible accidente, siguió empeñado en buscar el lugar para su objeto precioso que sentía como algo suyo, como un elemento más de su estructura orgánica, llegando a pensar en adherírselo a su pecho, dejándole un desplazamiento similar al de los brazos.

Las primeras noches lo dejó entre un arbolito del jardín de la casa, pero fue descubriendo que el calor de las ramitas y la intensa luz de las florecitas artificiales, le iban dando un color rojizo y se podía perder. Su resolución fue radical y lo llevó a su propio dormitorio donde lo ocultó bajo la almohada



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

adormecedora para evitar que fuera descubierto por la mirada de su compañera de nave nupcial.

Aquella noche alteró el reloj de la habitación ocasionando un retraso en el cumplimiento de las funciones conyugales. Su compañera se enteró cuando hubo un pequeño cambio de protagonistas en la pantalla del televisor. Un poco sorprendida rectificó la hora, cumplió las funciones de internauta conyugal y reprogramó el videosleep para descansar.

Las primeras horas de la mañana del siguiente día transcurrieron dentro de la programación cotidiana. Hacia el mediodía, un señor especializado en controles humanos apareció en la minipantalla de la contrapuerta.

Le había sido encargada una revisión minuciosa del comportamiento de Simón. La señora de la casa le había comentado que su esposo estaba presentando actitudes fuera de serie durante los últimos días, causado posiblemente, por un virus transmitido por el contacto con un objeto antiguo que él, - decía- se llamaba libro.

El interrogatorio fue breve. El especialista en controles humanos quería saber sobre el contenido del objeto. No logró una respuesta satisfactoria, sin embargo, algo quedó rondando en la mente de este personaje que tenía perfil de investigador. Caminó en forma lenta hacia la puerta y recordó su vida académica un poco airado. En voz alta, vociferó, que en alguna ocasión escuchó el vocablo libro y al preguntar su significado fue silenciado bruscamente porque, - le respondió el líder de aula- ese tipo de preguntas no estaban en el programa.

Durante muchos años se había valido de sus cronogramas, flujos, reflujo, cuadros comparativos, estímulos, respuestas con que la ciencia lo había capacitado para controlar humanos pero, ahora, con la nostalgia de su recuerdo, aquel hombre sospechoso del hogar le inspiraba confianza.

Su reporte a la ama de casa fue alentador y diagnosticó una sencilla descompensación en el colesterol.

Luego de una dieta líquida durante nueve días, el estadista se reincorporó en la interpretación de las letras del preciado libro.



III

Transcurría el sopor de la rutina en la tecnocrática ciudad cuando las luces de las computadoras se apagaron durante ciento ochenta y cuatro horas. La tenue luz de los rayos solares aparecía y desaparecía cumpliendo su milenar ciclo orbital y los habitantes asimilaban el acontecimiento como una larga noche determinada por los programadores del comando central. Poco a poco empezó a ceder la anestesiada noche y las alarmas comunales comenzaron a brillar. En algunas pantallas permanecía la sombra de la imagen que ordenaba: SLEEP.

El crudo invierno del mes de abril fue acompañado por vendavales y grandes pelotas de granizo que rompían techos y cristales de la contaminada urbe. Un frío intenso, enrojecimiento de los ojos y una temperatura anormal se apoderó de Simón que, al sentirse enfermo, se fue a reposar a su aposento.

Reclinó su febril cabeza en la almohada donde tenía guardado su objeto y, el calor corporal, hizo que el material del libro ardiera en su interior. Las letras empezaron a derretirse y, en su ahogo infernal, se treparon por los pocos vericuetos que permitían una rápida huída.

Una de estas letras, muy intrépida, se instaló en la silla turca del estadista, las otras se dispersaron hasta desencadenar una verdadera pesadilla gramatical, trastornando las interconexiones neuronales del viajero de los años.

Primero las risas, luego el llanto, los gemidos y los continuos saltos de Simón en el tálamo conyugal, despertaron a su compañera espacial que no estaba programada para despegar los párpados a esa hora. Ella observó el reloj y se ubicó en el día y la fecha; miró a su hacedor de amores y, en sonidos casi imperceptibles, escuchó sus balbuceos: tierra, oro, indias, guerra, tetas, extraños, iguanas y otra infinidad de palabras desconocidas. El desespero de aquella somnolienta mujer la llevó a que, de manera inmediata, enchufara el memógrafo y cuidadosamente lo adaptara en el entorno cerebral de su compañero.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

Imágenes violentas empezaron a saturar la pantalla del video de la alcoba al mismo tiempo que las órbitas oculares de la sorprendida mujer, se crecieron tanto que los despavoridos ojos giraban con la rapidez de un electrón juvenil. El memógrafo clasificó las imágenes y la pantalla se oscureció.

Era irremediable, la noche era de noche.

A las seis de la mañana del día siguiente, un disciplinado párvulo que ya había digerido los dos gramos de cafeína al vacío y la testosterona en cápsulas con emprendimiento de naranjas, repasaba las estructuras programáticas en el computador y, su dedo meñique, que estaba untado de mermelada, se deslizó hacia la tecla blanca que, de inmediato, originó una fatal interferencia en la comunidad internauta.

En cuestión de segundos, aquella radiante mañana se convirtió para la ciudadanía en otra noche general. A esa hora los ciudadanos tenían prendidos sus computadores a la espera del programa cotidiano y todo fue alterado por imágenes extrañas que aparecían en las pantallas de manera repetitiva.

Algunas personas comenzaron a protestar y lo relacionaron con aquellos ancianos habladores que se sentaban en los parques a narrar algunos episodios semejantes pero que, ahora sí era cierto, porque la programación lo repetía y establecía la única verdad.

Recuperado el orden en la ciudad y aplicado el instructivo emitido por los controladores mentales, se volvió a la normalidad determinada por la divulgación de la noticia.

IV

La paciencia y la disciplina de Simón, con el correr de los días, desarrollaron la destreza para conocer el valor de cada una de las letras, logrando interpretar el significado de manera rápida y a sentir una extraña pasión frente a lo desconocido de su objeto.

Su mente contagiada por esa pasión hacia la lectura lo condujo al delirio y a desatar ideas de emprendimiento propias de la economía ficción.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

Hizo cálculos financieros de gran exactitud; la reproducción de cada página del libro descontando gastos, tiempo, luz y mantenimiento de la maquinaria le generaría una gran fortuna y su nombre quedaría grabado en el tapete de los conciliadores del Estado. Los ciudadanos lo recordarían al caminar por encima de sus huellas digitales estampadas en color rojo sangre, símbolo de la refundición de los derechos humanos.

¡Que lucha tan ambigua se desató entre su oficio de estadista y el fulgor otoñal que lo había llevado a toparse con aquel objeto antiguo en su trájín como buceador de pasiones telehumanas!

Una vez más, Simón, tomó una actitud radical ante su existencia, se prometió no pensar más en su diplomado oficio y entregarse por completo a desentrañar el misterio de las letras y, ahora, más que nunca, ahora, que ya sabía leer de corrido.

Para no despertar sospechas en su compañera y tener que soportar un nuevo interrogatorio del especialista, su reloj digital de mano fue adelantado en diez minutos para que la alarma sonara y, le recordara antes, la función programada en la rutina diaria.

De esa manera en las noches, cinco minutos antes de lo usual, se compenetraba con su internauta pareja. Su compañera con una virtual sonrisa lo miraba con la satisfacción del instructivo cumplido y proseguía la ensoñación.

Un atardecer cuando llevaba horas sentado en un rincón adecuado junto a la cocina, sintió ganas de vomitar, sus entrañas se estremecieron y un ruido abdominal cubrió el silencio de aquella estancia.

Las náuseas fueron causadas por la lectura de un artículo que hacía referencia a una época negra de homicidios, luchas fraticidas y desplazamientos forzados de gente a quienes les habían arrebatado sus tierras para imponer el poder de los colores de la sangre y el azul profundo de la tradición. ¡Qué vergüenza, que vergüenza! -decía- y pensar que los colores viven armoniosamente en nuestras pantallas ¡que descalabro!.- repetía- en tono de amargura-.

Recuperado del trastorno estomacal continuó en la lectura.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

Unas páginas más adelante leyó algo más sorprendente. Algunos gobernantes escondidos entre las cortinas de la corrupción y el tacto de los murciélagos, se chuparon la sangre de los trabajadores en los bancos de la hemofilia y contaminaron las fuentes de agua con métodos de aspersión para abonar un camposanto con los residuos de la vegetación. Los mismos dirigentes inhalaban desde una casa blanca unas sustancias que producían efectos ilusorios de poder y con los hilos de la violencia tejían masacres de humo para que la riqueza adquirida por los destierros siguiera bajo sus pies.

En abundantes páginas estaba escrito que la ambición y la codicia se contagió de tal manera que se formaron nubes blancas con el humo de los laboratorios y, por décadas completas, los campos se tiñeron de sangre cuando se desató un diluvio que todos los grupos comunales padecieron y miles de pobladores murieron por aquella avalancha estatal.

Una mañana cuando la primavera emitía sus primeras flores en la pantalla estacionaria, el rincón secreto de su estancia fue invadido por el robot doméstico, el cafetanol caliente quemó el termostato y alteró la orden de llevarlo a la habitación central. El robot se estropeó en el pequeño cuarto y el ruido causado en su caída despertó a la dama de la casa. Ella se levantó, fue a ver lo sucedido y, allí, cerca al lugar donde se había caído, encontró el maldito objeto antiguo, ese despreciable libro que bastantes problemas había ocasionado en su programado hogar.

La impaciencia se apoderó de la dama y, fuera de todo control, se apresuró a digitar de nuevo el número de emergencias del especialista en controlar humanos. En forma comedida, el sicodocotor le leyó el catálogo que le indicaba la segunda fase, llamó a la central y, en pocos minutos, el diagnóstico estaba titilando en la pantalla del video comunal.

La casa fue allanada, los técnicos en explosivos fueron los primeros en aparecer, los detectores electrónicos comenzaron a lanzar variadas luces, las sirenas se agitaron, la ciudadanía buscó los refugios antinucleares, los supermercados fueron vaciados, los computadores cambiaron su programa y el Estado decretó la alarma roja. El accidente era delicado y, no se quiso preocupar a los habitantes, pero se trataba de una pasión viral que estaba incubándose en un solo ser y, si no se eliminaba a tiempo, atacaría a la población ocasionando un desastre económico para el progreso nacional.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

No se acudió a la violencia como en épocas lejanas y, tampoco, al aislamiento del extraño personaje.

El Estado ordenó elaborar una memoria oficial que los medios de irradiación cerebral repetían, todos los días, por las cadenas atadas con los eslabones de la voz activa de la ignorancia. Las Instituciones de educación fueron convertidas en un centro de asimilación digital donde lo más competitivo era tener la fibra óptica neuronal, sin preocuparse, por la experiencia de pensar, como había sucedido en años remotos de la civilización. Se recurrió a la estrategia de la pandemia mercantil y se reprodujeron miles de copias de aquel objeto antiguo que se distribuyó, de manera gratuita, en todas las esquinas de la gélida urbe, hasta el último día cuando el ciudadano, de sentido común, las arrinconó en la memoria de la indiferencia.

Nadie quiso enterarse de su contenido porque, corrió el rumor, que era cosa de locos, de ociosos desobedientes, de ciudadanos que habían perdido el sentido de la realidad y, solo, pretendían interpretar relatos rebuscados en los agujeros negros de la impunidad.

La casa de Simón Plata fue declarada en cuarentena, los agentes del aparato militar la fumigaron durante tres días consecutivos y, por órdenes estrictas de los fiscales de manipulación, Simón, fue condenado por traición a la patria, por actos terroristas en contra de la central democrática del Estado y le sumaron, según consta en el acta de sentencia del señor juez, una cadena perpetua para permanecer en silencio hasta la quinta generación.

Algunos habitantes que deambulan por entre las sombras de los recuerdos y, dicen, conocer la verdad de los hechos, aún buscan entre los escombros del olvido, el cuerpo de aquel estadista que convirtió los libros en su propio proyecto de muerte.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

LA ÚLTIMA NOTICIA

PRIMERA PARTE

Lo incipiente de su cabello recordaba aquellas lejanas tardes de juventud cuando su madre le rascaba la cabeza, sentados en el sofá de la inmensa sala de aquella casona donde, aún niño, disfrutó los colores de la primavera.

Desde que tuvo un destartalado radio adquirió la costumbre de prenderlo, a las cinco de la mañana, durante setenta y siete años. Escuchaba las noticias, desde las tempranas horas, en un desfile repetitivo donde intercalaban los últimos artículos de moda, el último jabón para desaparecer la caspa, los mejores ungüentos para las tronchaduras, el uso de la sábila para los dolores reumáticos y la nueva forma de pensar en el próximo invierno.

Junto al controvertido radio, sobre una vieja caja de madera que funcionaba como mesa de noche, estaba tapado, con una tela raída de color rojo, un cartapacio de hojas amarillentas que constituía la memoria de aquel infatigable cuestionador de la República.

Cada una de las hojas tenía cuatro columnas en forma vertical que destacaban las noticias más frecuentes de diferentes épocas y con diferentes personajes.

Durante la mañana, en uno de los rincones de la habitación, se recostaba en un catre reforzado con lona, estiraba sus largas piernas para rascar la pared con la punta de los dedos y, cada dos minutos, alargaba la mano derecha para hacer girar el dial y cambiar de emisora. Desarrolló la habilidad de escuchar hasta cinco emisoras en diez minutos, refutarlas y, muchas veces, convencerse de lo acontecido.

Al principio le sorprendía cómo ante una misma circunstancia se decían cosas tan disímiles pero, luego, descubrió que la variedad construía los hechos.

Con un acumulado de información en el cerebro saltaba de la cama, abría la puerta de su estancia y empezaba a caminar por una calle estrecha y empedrada que lo llevaba hasta la esquina de un parque situado a doce cuadras. Allí lo esperaba, con mirada de compasión, la dueña de una oxidada



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

caseta que vendía el tinto recalentado de un viejo termo, las empanadas de pelanga y encimaba un cálido ají picante a todos sus clientes. La encantadora y regordeta vecina le guardaba todos los días, en un solo montoncito, los periódicos que circulaban en la provinciana ciudad.

Con la mirada fija de un escrutador se detenía algunos instantes para enterarse de cómo marchaba el barrio y, de oídas, conocer las diferentes opiniones de su vecindario. Era el agregado cultural que le otorgaba la voceadora como estímulo a su decorosa compra diaria.

Una vez enterado de su entorno, emprendía la marcha hacia una destrozada banca de cemento ubicada en uno de los extremos de la plazoleta, con un pedazo de trapo que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón quitaba algunos trozos de basura, se acomodaba plácidamente y comenzaba a desplegar cada una de las páginas de los periódicos. Allí en realidad no los leía, pero dejaba que los transeúntes lo observaran y sacaran conjeturas sobre la imagen de hombre culto y preocupado por la miseria de este mundo

Cada tres días acudía al parque central para hacerse lustrar los zapatos que la lluvia y el betún habían cuarteado hasta aparentar un verdadero cuero de cocodrilo donde se opacaba la luz del sol. Al reiniciar el paseo, cada ocho o diez metros, se agachaba para contemplar el rostro ajado por el paso de los años y la profundidad de las arrugas que le reflejaban los viejos botines.

A su paso por la tienda del barrio, pedía una bolsa de leche, algunos panes y el huevo para el desayuno que, generalmente, quedaba aromatizado con el vaho del alcohol que esparcía un remendado reverbero ubicado en el último rincón de su pensión, entre un espacio de los periódicos y las tirantas de la realidad.

Para no perder un día, sin pena ni gloria, se dedicaba un buen rato a discutir solo, murmuraba y se respondía con gritos; hubo días en que su alegato era tan intenso que la tensión arterial sufría alteraciones, lo que le producía fatiga, desaliento y luego un profundo sueño.

En el costado izquierdo del dormitorio, estaba colgada una cartelera de color azul, donde estaban pegados con alfileres miles de telegramas y de firmas que recordaban las tarjetas en serie que se mandaban imprimir en las



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

épocas de campaña electoral porque, en su mayoría, se encontraba la leyenda “CON APRECIO DE”.

Allí permanecían, como un reto al tiempo, la fotografía de algunos gobernantes y de otros que murieron en su propia aspiración pero, habían dejado las huellas indelebles de la ambición porque aparecían, varias veces y cada cuatro años, hasta formar una pirámide en la escala del optimismo.

Aquel era el cuadro más significativo, no sólo de su habitación, sino de su propia existencia. Era el marco de su conciencia, el que lo hizo sentir útil durante muchos años, así no hubiera conocido a los personajes, ni tampoco, aquellos hubieran conocido a su emisario; qué importaba, lo escrito, escrito está y allí estaban esos garabatos puestos y aprisionados con alfileres, para que no se fueran a escapar, para que no se fueran a volar como tantos otros sueños. Era la ilusión enjaulada.

SEGUNDA PARTE

Todos los días que eran los mismos días, en el momento del desayuno escuchaba música clásica en su agónico radio que sentía como su más cercana compañía matinal y, nunca faltaba, a la hora de consumir su dieta láctea recubierta en migajas de pan.

Después de un breve recorrido por el singular espacio de la habitación, se dedicaba a revisar cada una de las columnas noticiosas; las nacionales, las internacionales, las deportivas, los acontecimientos sociales, los buenos restaurantes, las rebajas en los largos viajes, el horóscopo que siempre le recomendaba seguir en lo que estaba soñando.

Una vez subrayadas las frases que despertaban algún interés para sus significativos proyectos, se concentraba en la sección de los últimos modelos de carros. Se acomodaba en el taburete, herencia de su tío Próspero, y desde allí se dejaba llevar por la fantástica lectura de los últimos inventos de la industria automotriz como los coches con tapizado en cuero, control remoto para el encendido, baúl de alta velocidad, llantas radiales que controlaban el paso de la música, dirección con brújula incorporada y, todo a prueba de



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

vértigo y posibles mareos porque su interior estaba climatizado con plantas eléctricas que prevenían cualquier clase de náuseas.

Siempre tuvo la tendencia a relacionar la sección de carros con la de las páginas sociales, con los matrimonios en franquicia y, hasta llegó a construir varias teorías sobre esa semejanza encarnada en la historia medieval de las pasiones. Entre idas y venidas por el diminuto cuarto, la metida de las manos en los desleídos bolsillos del pantalón tenían la propiedad de devolverlo a la realidad intestinal. Recorría unos pasos más en derredor del catre y un espeso sudor con escalofríos de soledad cubría, en instantes, todo su cuerpo.

De un arrume de hojas en blanco cogía algunas y en ellas escribía apuntes de los mismos hechos pero diferentes noticias aparecidas en las columnas periodísticas, llegando a tener noventa y dos versiones de un mismo combate fronterizo, veintisiete formas de fuga del mismo personaje, doscientas ochenta versiones de impunidad del mismo criminal, dieciocho horas distintas de la misma hora y de la misma fuga, una misma frase atribuida a catorce políticos sobre la igualdad de la miseria nacional y se tejieron veintidós datos estadísticos de veintidós agencias especiales, sin embargo, seguía buscando las versiones reales de las masacres reales, de los homicidios reales y de las desapariciones irreales de las últimas cinco décadas que, según decían los del grupo de inteligencia, eran ejecuciones realizadas por agentes extraños y, los sobrevivientes de la fragilidad humana, culpabilizaban a los escuadrones que repartían atropellos pero que, -decía la justicia- de todas maneras, era mejor esperar los resultados de una exhaustiva investigación.

Con marcado instinto de lector cotidiano de periódicos, comenzó a escribir un tratado sobre cómo elaborar una noticia. Su olfato empezaba a husmear un dilema que lo llevó a plantearse si primero acontecía el hecho o primero la noticia y, si aquella revolcaba el mundo o era el propio mundo el que revolcaba, tantas veces, la noticia. ¡Hay tantas cosas -decía- detrás de la redondez del mundo, que la tierra jamás volverá a ser plana!

TERCERA PARTE

Los sobrantes del desayuno, transcurridos varios días, empezaban a expeler saturados olores que prácticamente cercenaban sus fosas nasales. La irrefutable situación gastronómica y la angustia que aflora ante las



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

impertinencias económicas, lo impulsaban sobre una vieja cacerola que le había regalado la abuelita para que, - nunca tuviera que aguantar hambre y jamás dependiera de los demás-.

El grueso metal con el que se había elaborado el artefacto culinario había disminuido tanto en su grosor, por tantas refriegas domésticas que, ahora, solo daba muestras de un cristal metalizado. De una cacerola, recubierta de inanición y una mancha sombreada de necesidad, sacaba con una cuchara de palo trozos de pan que engullía con contados granos de arroz y trataba de humedecer en la sólida leche, convertida en nata, para consumir al vaivén de los giros de unas papas que, el hollejo verdoso y arrugado, conservaba en su envoltura natural.

Este placentero plato dosificado durante largos años, le permitía vivir con la imagen de libertad y no haber intentado, jamás, vender su primogenitura como hijo mayor del mundo y como el más adulto de su propia existencia.

Al atardecer, con el estómago lleno y la mente vacía y compulsiva, se dedicaba a memorizar los grandes titulares, revisaba cada una de las columnas periodísticas, las subrayaba con un nuevo color y sentía el mundo girar bajo sus propios pies; palpitaba con cada uno de los acontecimientos hasta sentir el conocimiento atrapado en cada una de las vértebras que musicalizaban el traqueteo de su crocante columna vertebral. ¡La melodía de la vida -decía- se lleva en los huesos!

La noche le dolía en todo su misterio y muchas veces se le oyó decir que esa parte oscura del mundo era la única que valía la pena vivir porque, en esas horas, los fantasmas se despojaban de la hipocresía y se disfrazaban de verdades. Amaba la vigilia de la noche, por eso mismo, la esperaba y le temía con toda su pasión.

Creía en la reencarnación económica porque en los textos oficiales de historia había comprobado, a través de muchos años de lectura, que la lista de los apellidos florecientes no había variado en los dos últimos siglos y la lista de los pobres desterrados, se había perdido en los anaqueles del olvido con todas sus escrituras y el pasaporte al futuro, por consiguiente, sus preciosos cálculos y datos le hacían presagiar que las noticias, también, sufrían la reencarnación editorial.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

Cuando la noche había dispersado sus anchas alas sobre la redondez del horizonte, tratando de no despertar el día que comenzaba su sueño, se lanzaba a la titilante calle, cuya ventisca somnolienta le adjudicaba a cada espacio un misterio y en cada rincón dejaba reposar un placer, por allí, por entre los vericuetos de la ansiedad se deslizaba, se atropellaba en su propia sombra sin sol y, él mismo, era el dueño de sus deseos y se sentía tan feliz que, hasta se repetía los mismos chistes solo...dejad que la noche venga a mí, porque ella es la reina de mis sombras –murmuraba.

Con la prontitud de sus pasos rompía la cortina de las tinieblas y avanzaba como un ser sobrenatural, su energía combatía la oscuridad, era aquella luciérnaga que necesita de la noche para mostrar que vive, que aún respira y en el silencio de su aislado canto le cuenta al mundo sus pasiones, envueltas en la corteza de la melancolía.

Con la seguridad de que aún vivía, se dedicaba en su trayectoria, durante largos ratos a reconocer esquinas, a perderse en la oscuridad y jugaba a encontrar en el menor tiempo posible los lugares por donde acababa de pasar, a identificar por su caminado a los posibles acompañantes de la noche, a adivinar desde lejos las voces del vecindario, a confirmar las costumbres de las casas porque sus habitantes a las mismas horas de todas las noches hacían lo mismo, sin sospechar, que era lo mismo.

Su ritmo cronológico le insinuaba que la hora de la gran confrontación se acercaba. Sereno y dichoso de su manejo del mundo, descargaba su musculatura en vía de extinción frente a la gran pantalla chica.

Allí desenrollaba los largos trozos de papel que contenían el mundo del día, la madeja intelectual de sus vivencias, la razón que el universo se negaba a reconocerle. Sus largos dedos sujetaban un diminuto lápiz, único testigo de la profundidad de las líneas en los periódicos, con el que una vez más, trataría de escribir la verdad y establecer nuevas conjeturas.

La rapidez y la veracidad con que se presentaban los diferentes acontecimientos, el ágil cambio de los canales televisivos y todas las maravillas de la tecnología le hacían perder la calma, le daba remordimiento de pasar tantas horas leyendo los periódicos, cuestionando la República, poniendo en entredicho lo que los mismísimos presidentes, ministros, alcaldes



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

y todos los poseedores de los bienes ajenos, decían a los cuatro vientos, en cada uno de los discursos y en toda ocasión. A veces, le parecía que detrás de todos ellos, existía un espíritu santo con las mismas lenguas de fuego, porque le parecía imposible que todos dijeran lo mismo sobre lo mismo y, peor aún, que dijeran algo diferente porque siempre llegaban a lo mismo.

En muchas ocasiones llegó a desistir de su conocimiento, sospechó que el saber estaba más allá de la información, que no bastaba enterarse de los acontecimientos del último día; rememoró los hechos de la semana anterior, los del último mes y en un desafío a su precaria economía, compró el bono que lo hacía suscriptor y partícipe del Club de los adelantados, cuya revista le llegaría semanalmente a su propia habitación y le prometía hacerlo un hombre mentalmente competitivo que con el paso del tiempo le permitiría, hablar de todo al mismo tiempo, sin detenerse en nada, pero haciendo que el tiempo de los otros, se detuviera en él, así él mismo, no lo entendiera.

Por momentos la calma acudía a su cerebro y lograba destejer la intrincada telaraña que cada noticia, como insecto atrapado, quería poner en cada oyente.

Pasados los noventa minutos de información iba retirando hacia atrás, sin darse cuenta, el sillón donde estaba sentado, como escapando a los hechos de una realidad prefabricada.

Al terminar el espacio noticioso, generalmente, se encontraba más en la calle que en la tienda donde se tomaba un café con leche y pan para calentar la noche y digerir las últimas novedades planetarias.

CUARTA PARTE

Al regresar a su habitación, las luces que la noche le robaba a las rendijas de las casas, le servían de guía para su nuevo deambular por las empedradas calles. Miraba al firmamento y comparaba las figuras geométricas que su propia sombra formaba sobre el suelo con las figuras que los astros formaban en lo alto, como si fuera él mismo, el oso mayor de la tierra.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

A su paso, saludaba rigurosamente a los pocos celadores de la ciudad y en muchas ocasiones se dejó brindar un cigarrillo de parte de ellos; al fin y al cabo, -pensaba- él era un vigilante más de las andanzas de la noche, él compartía el abrigo del silencio que las penumbras ofrecían, él era el mensajero errante de los oídos que dormían.

Al llegar a su casa, tomaba todas las precauciones para no ser escuchado y después de abrir la gran portezuela, recorría con largas zancadas el estrecho pasillo que, una vez más, lo instalaba en su sórdida habitación.

Durante largos minutos que formaban horas, sus ojos recorrían los bultos de periódicos hacinados al otro extremo de su averiada cama, mentalmente clasificaba las noticias y luego, de manera repentina, se levantaba y en dos saltos quedaba frente a cada periódico del día para ser colocado en su respectivo archivo según la semejanza de los acontecimientos.

Sentado en el borde del desvencijado catre, tomaba algunas hojas y volvía a escribir su propio criterio en las márgenes amarillentas saturadas por las ranuras de sus garabatos. La disciplina era la fragua de su talento hervido durante todas las noches cuando desaparecía un viejo mundo y la aurora esparcía un nuevo amanecer.

La señora encantadora y regordeta de los tintos, desde su caseta de información oral, narró durante varias semanas, aquel diciembre de nubes grisáceas cuando la llovizna arreciaba y la rutina se desvaneció en los sarcófagos del silencio llevándose el aliento del cuestionador de la República que se durmió abrazado a su última noticia y envuelto en el mismo hedor que, por tantos años, husmeó en las letrinas de la información.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

EL GIRASOL DE LOS VENADOS

El ring ring del teléfono hizo estremecer los huesos que toleraban el dolor y la fiebre. La voz imperativa de la rutina se escuchó en la habitación, - ¡llamo para que digas a dónde me vas a invitar, sé creativo!

El silencio de la nostalgia murmuró en el cerebro que se llenó de conjugaciones verbales y reclamos envueltos en el torbellino del pasado, tejiendo una telaraña donde cada nudo era el comienzo del otro, tratando de unir dos existencias que querían bordar el mundo con la misma aguja.

No tengo creatividad. - balbuceó - desde los sudores del escalofrío.

Una voz plena de firmeza, - respondió- – ¡No me llames!

La fiebre, el intenso dolor de cabeza y el cosquilleo en los huesos se treparon por los peldaños de la confusión formando un cerebelo cósmico donde cada punto era el campo fértil para un aprendiz de acupuntura. Sólo, en esa caldera donde el fogonero era su propia soledad, comenzó a reconstruir las difusas teorías sobre el amor, desvencijadas por la rutina y la brisa de las trivialidades.

Su mirada se deslizó hacia un punto del diminuto universo. Allí, en un acto de ilusionismo febril, observó una oreja que temblaba ante las airadas palabras de un tirano que reclamaba el amor de la compañera y de sus propios hijos, formados, desde la dictadura patriarcal y sus caprichos.

La oreja hizo un movimiento brusco al sentir el quemón de un insecto calcinado por el calor. Con el borde del pabellón se frotó la parte irritada y se dispuso a seguir oyendo. A los pocos segundos, estalló en agudos gritos de dolor al oír la cadena de sandeces alusivas a la desigualdad de géneros y, por el tono de la pronunciación, se fundió el timbre y la capacidad de escuchar.

El perro lo miró con ojos asustadizos, movió su cola y con un ladrido sin aliento, le recordó las noches en que su hocico fue achatado por las láminas del portón de la entrada a la casa.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

Despavoridas por el gruñir del animal las frases se descompusieron en el oído interno de la oreja y en un intento por articularse resultaron en una estéril discusión donde cada palabra quería salir del remolino que siempre las llevaba al mismo punto.

El cataclismo gramatical estructuró una manera distinta de escribir el mundo. En su interior se luchaba por encontrar el propio destino cuando la voz fue apagada por el estrépito de un sonajero silábico. Las letras huyeron, con el yunque a cuestas, por el camino donde cada cruce hilvanaba otro orden en las palabras para forjar el estribo de la ternura.

Desde un rincón de la habitación saltó una chispa que resplandeció en el otro extremo. Allí estaba un girasol que, con uno de sus pétalos, se rascaba el núcleo de la existencia, miraba a su alrededor y, en voz baja, murmuraba sobre lo inhóspito y trivial del mundo sin su presencia.

Allí comprendió que estaba solo.

Los pétalos con pistilos de vanidad volaron de flor en flor sobre su propio jardín, acariciaron las flores congeladas en el glaciario de los ciclos y evocaron los soles que un atardecer los dejó ser el girasol de los venados.

La fiebre empezó a bajar, se apaciguó la tormenta de los huesos y la habitación tomó un color rosado que semejaba esos sueños salidos de una noche de verano.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

MURIENDO JOVEN.

Desde los setenta años que mis ojos llevan contemplando el mundo, puedo sentenciar que la vida es ese trompo que da vueltas sobre sí mismo, sin alcanzar un salto para desenredar la pita. En mi mente rondan esas imágenes de llamas, gritos y dolor que taladraron la infancia de los sentidos acostumbrados al sonido de las cascadas, al trino madrugador de un millar de pajarillos y a detectar la edad de las hormigas según la agudeza de su mordida.

Acababa de cumplir seis años cuando mi padre fue colgado de un árbol por las manos sedientas de terror que se paseaban en la vereda. Lo ataron con la misma soga que se amarraba la única vaca que teníamos. Su cuerpo calcinado por los ardientes rayos del sol de aquel junio infernal giraba al antojo de los vientos de la montaña y, entre la sombra de los recuerdos de sus desorbitados ojos, se miraba que veían aquello que dejaba en este mundo, por lo que había luchado y por lo que empezaba a morir.

Su mirada quedó clavada en mi mirada. Las enrojecidas pupilas de la justicia se cerraban frente a la impunidad y la indiferencia, llevándose para siempre la alegría de las risas infantiles y las rondas que abrigaron nuestros sueños.

Ese instante eternizado en el albor de la esperanza se esparció en la inocencia de la niñez para crecer en la ignominia de la estupidez mundana tramada con las hilachas de la frivolidad.

Hoy sin estar colgado a un árbol, siento que la soga de los sentimientos estrangula las venas de mi cuerpo y veo, por el agua de los ríos, flotar los cuerpos de los vecinos y que, ahora, los aullidos de los perros no se escuchan a lo lejos.

La risa de los niños se ha cambiado por el llanto de adoloridos espantos en los salones de la escuela, ora, convertidos en el osario de la verdad donde yace la razón porque, las primeras letras son letras muertas y, la sangre sigue tiñendo el derecho a la palabra.

Todo ha cambiado, nada ha cambiado.



JAIRO LEÓN
Soñador de sueños

Antes se morían colgados y un poco viejos. Ahora que los recuerdos revolotean entre mis sesos, me aprieta el nudo de la indiferencia de los humanos. Nos siguen matando y se escurre la sangre de los campesinos en los hornos de la clandestinidad. Las arrugas de la experiencia desde la infancia de mis recuerdos me susurran: ayer un difunto más, hoy miles de masacres más.

Todo ha cambiado. La riqueza se mide en hectáreas de muertos y, a los padres de los otros huérfanos, los desaparecen más jóvenes.





LA OTRA ESPECIE

En la mitad del planeta tres mil millones de personas, a las seis de la mañana, inician la milenaria labor de conseguir el alimento. Los humanos se convierten en transeúntes de la asfáltica selva, los pájaros dimensionan las coordenadas para emprender el vuelo y la sensata cucaracha que no ha dormido durante la noche detecta la cercanía de un depredador letal. Su memoria genética la pone en estado de alerta y con saltitos de angustia corre a esconderse en un oxidado pedazo de lata de la nevera donde la esperan sus hambrientas hijas.

En su terrorífica carrera pisa varias veces un pedazo de cable pelado que conecta la energía al electrodoméstico. El contacto con sus alargadas patas de espanto ocasiona un corto circuito y el pequeño fuego se esparce con rapidez por todo su cuerpo.

La señora del hogar se sienta en el borde de la cama al escuchar la alarma del reloj que le recuerda la hora de iniciar las labores domésticas. Levanta los brazos, estira las piernas para espantar la pereza y se coloca los anteojos que le muestran la realidad más clara y cercana. Baja por las escaleras al primer piso donde está ubicada la cocina y la greca donde prepara el primer café del día.

Un extraño olor dilata sus fosas nasales. Mira a su alrededor y encuentra todo en aparente orden, pero un olor a chamuscado sigue carcomiendo su olfato. Se refriega los ojos para despabilarse y teniendo certeza de que algo huele mal emprende una carrera hacia donde cree que está el origen.

Allí encontró un cuerpo calcinado que luchó en la noche escarbando las migajas desechadas por seres vivientes que igual a sus hambrientas hijas se reproducen y mueren en los ciclos de la vida.

La dueña de la casa no se inmuta ante las circunstancias y camina de manera lenta y propia del frío del amanecer hasta encontrar un destartado cenicero donde tendrán el descanso eterno dos antenitas que, a las seis de la mañana, culminaron el trajín que la otra especie, en la sobrevivencia por la vida, se disponía a enfrentar con las cicatrices de la imaginación.



CUANDO ME VUELVAN A CRECER LAS MANOS

Enredada en la oscuridad del rumor, se conoció su muerte como la noticia del momento: suicidio. Los temblorosos dedos obedeciendo a un confuso sentimiento, presionaron el gatillo para que el proyectil penetrara los pensamientos enhebrados durante las angustiosas horas de su último día.

Semanas antes había atravesado las calles de la ciudad haciendo rechinar las llantas de su nuevo carro. El domingo por la tarde, en compañía de su hijo, salió a recorrer los parques y, de paso, probar el postre que ofrecían en la televisión para celebrar el cumpleaños número cuatro de su adorado primogénito.

En los centros comerciales los parqueaderos estaban cerrados y decidió dejar al niño dentro del carro bajo el calor sofocante de la tarde. De manera apresurada se alejó hacia la repostería, colmada de gente, donde compraría las golosinas y el anhelado postre para la celebración del evento anunciado.

El tiempo transcurría y la mirada de la infancia comenzó a escudriñar los rincones del interior del auto. Días atrás, el padre, había dejado un bisturí sobre el asiento trasero. El niño se acomodó en la silla, alargó sus pequeños brazos y los dedos agarraron el instrumento, convirtiéndolo, en un juguete de las fantasías infantiles. El tapizado en cuero fue el lienzo para aquellas manos de artista que trazaron sus primeras líneas de expresión salidas de los pinceles de su imaginación.

El tiempo se había perdido en la juguetona mente del niño y la inocencia seguía en la inocencia.

Al regresar con las compras realizadas, el padre, desde una de las ventanillas empezó a contemplar los dibujos pintorescos diseñados sobre los cojines de su admirado vehículo, símbolo de prestigio y muestra de su cadena de éxitos. Obnubilado por lo que veía, las manos buscaron apresuradamente sus propios ojos para ser refregados una y otra vez, como queriendo desvanecer la imagen que aparecía sobre el propio tapizado de sus sueños.

Abrió las puertas del vehículo y los instantes, minutos y segundos fueron superpuestos entre los puñetazos que cayeron con todas las fuerzas de su



sentimiento, en repetidas ocasiones, sobre las tiernas manos del distraído niño. El llanto anestesió el dolor y el resto de la tarde se encargó del olvido.

II

Las luces de la noche alumbraron la ciudad y, en los cerebros humanos, resurgió el desfile de rostros, objetos y acontecimientos que rondaban el sueño de la rutina del día.

En una inmensa casa donde los muebles y los objetos decorativos aún olían a las primeras cuotas de los préstamos, se escuchó un llanto de dolor envuelto en un grito de misericordia que llamaba a la mamá, despertando a los habitantes del conjunto residencial.

La madre corrió hasta la habitación del niño que seguía dando gritos en un intento por aliviar el dolor. El asombro y los pensamientos maternos cogieron rumbos desconocidos al ver las blancas manos de su pequeño, convertidas, en un manojito de dedos con un color que evocaba una vieja fruta de aguacate.

Se aplicaron los primeros auxilios y se llamó a la central de urgencias para solicitar, de manera inmediata, una ambulancia. A las pocas horas en el centro hospitalario, el grupo de médicos daba su diagnóstico final: tuvimos que amputar.

De aquellas manos, futuras labradoras del mundo no quedaba más que un nudo de nervios y tendones mancillados en una bolsa de polietileno.

Ahora, en la sala de la inmensa casa, las risas se pasean al compás de las rondas infantiles que armonizan un enjambre de sueños tejidos con los hilos de la fantasía.

El llanto trágico de aquella noche se evaporó entre los nubarrones del tiempo y la melancolía de la memoria. Los juegos merodean en el lugar y en el oído de los mayores, aún, zumba el eco del angustiado padre que se llevó para siempre las palabras de ternura que le repitió su hijo cuando lo llevaba al hospital: "papito, cuando me vuelvan a crecer las manos, te juro que no lo vuelvo a hacer".



CUERPO OPTICO

Con la lentitud que delata la madurez de los años, Eudoro, solía caminar con las primeras luces del día. El bordón sostenía los recuerdos y, en cada paso, por las sinuosas ventiscas del pasado, clavaba con más fuerza las piernas en el suelo, mientras, su mirada devoraba el firmamento.

Sobre su espalda caían las crestas del destino que roían el tormentoso ruido del cerebro. Los años de la infancia martillaban en el marco de la nostalgia y lo sacudían cuando sus ojos repasaban el lugar donde había crecido con las herramientas de un obrero amarrado a las anclas de la rutina.

Eudoro atravesó durante décadas las mismas trochas en las que aprendió a caminar. Jamás supo que Josué había detenido el sol y que la vida era sagrada. Los pocos sonidos vocálicos los aprendió en las hojas de la naturaleza.

Una mañana de mayo el sol no cumplió con su aparición y la luna se ocultó en las sombras de un monzón, las aguas corrieron en el curso contrario de los cauces formando las nubes en el suelo, se precipitaron las lluvias a lo alto y los pájaros se transformaron en peces que incansablemente picaban los talones.

No era un día cualquiera. Eudoro se sacó los ojos y los mandó a mirar por la rendija de la puerta. Allí sintieron el aliento de la libertad, el cálido abrazo de otras realidades y, sin la presión de la mácula, se fueron a recorrer el mundo. Los bastoncillos se convirtieron en ágiles pies para el viaje. La nueva dimensión mostraba los animales, las cosas y los seres al revés.

Eudoro no necesitaba moverse, el mundo giraba en espiral, el tiempo corría en cantidades, las imágenes formaban un tugurio de ilusiones que pasaban como una piñata de sorpresas de donde caían risas, llantos, gemidos, muertes, desgracias, miseria, guerra, hambre y putrefactos aconteceres que horrorizaron al vidente.

Lentamente los libertos ojos se acomodaron debajo de la portezuela que olía a amoniaco curtido por la sombra. Las células del viscoso cuerpo óptico se fueron esparciendo en el cubículo de la angustia, tratando de asimilar la mutación dantesca de los sueños.



El gato del vecindario saltaba para atrapar los peces y se deslizaba lentamente sobre sus espaldas, hasta cuando un ratoncillo lo sorprendió y lo puso en fuga, el canario articulaba las notas de una canción y la cotidiana histeria de la vecina era la prolongación de la risa en sus rojizos labios.

El cuerpo óptico parpadeó los temblores del espanto que sufre un niño frente a la soledad y, sintió el iris enjuagado por el llanto, formando un pozo de lágrimas en el rincón salubre de la vida. El panorama expedía un vaho cubierto por la incertidumbre y extendía una enorme mancha que se perdía ante la mirada.

Los ojos se irritaron con los nuevos vientos y un color rojo cubrió las pupilas. Escarpar grandes pestañas para sucumbir en el vértigo de las cataratas, era la nueva dimensión, incubada por la realidad estancada en la portezuela oxidada de la morada de Eudoro.

Transcurrieron largas horas para que las pupilas recuperaran el foco de las cosas y retornaran a su eterno opaco.

Eudoro seguía recostado sobre un sillón de la habitación cuando, sus propios ojos lo reconocieron y, desafiantes, le miraron desde la córnea silenciosa del pasado. El nervio óptico le recriminó las negras noches de terror y, los conos, la indiferencia visual de la existencia.

Como saltimbanquis en la habitación, dos cóncavas retinas, vieron reptar, un cuerpo desmembrado, sobre las baldosas de la sumisión que, en lenta agonía, pretendía articularse al compás de un viejo ritmo; brazos largos, piernas paquidérmicas y, unas fosas carcomidas por la propia pestilencia que, aún, concentraba el hedor legendario de los años.

Siglos después, durmiendo sobre el rescoldo de la empiria y la fetidez del sentido común, Eudoro, con la terquedad que delatan los años, sigue con las primeras luces del día, pisando los surcos que sembró bajo la sombra de los cactus y la arena movediza de la soberbia en los diques de la certeza.